



Dossier de prensa

*Monfragüe*

Javier Morales

# Sobre los cuentos

## ¿Cuándo escribiste esta novela?

Como muchas historias, en mi cabeza la empecé a escribir hace mucho tiempo, casi en la infancia. En mi época el acoso estaba a la orden del día, aunque aún no lo sabíamos o no éramos conscientes, como ocurre ahora. Pero unos hechos que me tocaron muy cerca hace tres o cuatro años desencadenaron la narración. Luego tardé algo más de un año en escribirla.

## ¿Crees que representas en España el género *nature writing*?

Bueno, quizás no sería yo quien tendría que decir eso, pero en todo caso es cierto que la naturaleza se cuela siempre en gran parte de lo que escribo. Procedo del mundo rural y la naturaleza, ecología y la defensa de los animales siempre han estado ahí. Uno acaba escribiendo de lo que siente más próximo.

---

«Decía Rilke que  
nuestra patria es el  
paisaje de nuestra  
infancia, y yo no  
sería quien soy sin  
Monfragüe»

---

### **Háblanos de los personajes.**

Hay dos personajes principales, Marcos y el narrador, alguien que viaja a Monfragüe para restañar una herida. Ambos eran amigos en la infancia y el narrador nunca pudo superar la muerte de Marcos. Además, siente muy adentro esa frase de Karl Marx con la que se abre la novela: “La vergüenza es un acto revolucionario”. Como te decía antes, hubo una época en la que los niños, como el narrador de la historia, eran acosadores y acosados. Regresa al lugar donde ocurrió todo para tratar de cerrar una etapa dolorosa de su vida. Es una de las cualidades de la escritura, que a veces te permite hacer las paces con el pasado. Diría que otro personaje ineludible es Monfragüe, claro.

### **Cuéntanos por qué es tan importante el entorno y la naturaleza en la memoria.**

No sé si para todo el mundo lo es, para mí sí, desde luego. Decía Rilke que nuestra patria es el paisaje de nuestra infancia y yo no sería quien soy sin Monfragüe. No solo es el bosque mediterráneo más importante de Europa, sino que forma parte casi de mi genética. Ha conformado mi mirada hacia el mundo. La mitología escocesa e irlandesa, muy presente en ambas novelas, nos permite entender un poco mejor el mundo de nuestros antepasados. Las historias que inventaban cuando no sabían qué había ocurrido tras la desaparición de un ser querido o cuando una desgracia assolaba su comunidad. Las leyendas eran una forma de explicar su mundo, un mundo por entonces muy limitado y local, y eran el único modo de viajar y trascender.

## Sobre el autor



### Javier Morales

**Javier Morales** es escritor, periodista y profesor de escritura en varios centros y universidades. Es autor de ensayos, novelas y libros de relatos. Los últimos títulos publicados son *Las letras del bosque*, *La moneda de Carver* y *El día que dejé de comer animales*.

Colaborador habitual en distintos medios, tiene una columna dominical en *El Asombrario/Público* dedicada a los libros, los animales y la ecología.

# La prensa ha dicho

«Javier Morales es un escritor de prosa a la vez combativa y poética, en la vena ecologista del propio Araújo y de otros maestros, sobre todo americanos, que ahora, y no por casualidad, están teniendo una resonancia que no tuvieron nunca, activistas simultáneos de la justicia social, los derechos civiles y la defensa de la naturaleza, Emerson, Thoreau, Grace Paley». — **Antonio Muñoz Molina**, *Babelia, El País*.

«Periodista, narrador y profesor de escritura de diversas escuelas de letras y universidades, Javier Morales (Plasencia, 1968) regresa a una infancia ficticia de niño de pueblo, de pandillas y de juegos, en este libro tan breve como profundo, en el que explica, por ejemplo, cómo su madre, analfabeta funcional, peleó siempre para que no le faltase ni un libro ni formación. Mientras tanto, el niño que acabaría escribiendo *Las letras del bosque* o *La moneda de Carver* disfruta intensamente con sus amigos Toni y Marcos de las horas azules y del sol de la infancia, descubriendo la naturaleza en mil aventuras pero siendo testigos también de rendiciones precoces, acosos escolares y maltratos». — **Elena Costa**, *El Español*.

«¿Cómo acercarse a la infancia y resolver la vergüenza y el dolor de los silencios de aquel tiempo complejo? Ésta pregunta ronda la escritura de esta novela. Un escritor regresa a su pueblo natal, Verania, con el deseo de escribir sobre el buitre leonado y la asombrosa biodiversidad del Parque Nacional de Monfragüe. No. Lo que verdaderamente persigue en su escritura es la reconstrucción de su pasado y el deseo de reencontrarse con su yo niño para aliviar su mayor herida». — **Tes Nehuén**, *Bestia Lectora*.



# Fragmento

El río Jerte desemboca en el Alagón, afluente del Tajo. El Tajo es el río más largo de España. Nace en la sierra de Albarracín y muere en Lisboa. Cantamos en clase. Franco y luego el Rey Juan Carlos nos miran desde la pared. Jesucristo, en la cruz, también nos ve. Sufre por nosotros. Rezamos. El Buitre mueve la vara como un director de orquesta. La misma vara que antes ha restallado en la mano de algún compañero. La he sentido alguna vez. Pocas. Soy buen estudiante y no enredo. Siempre tan obediente. El latigazo te quema la piel, la enciende, el calor se extiende por todo el cuerpo hasta la cara, la enrojece. El calor te vuelve aún más pequeño. Los demás niños se convierten en un solo niño. En una mirada. Me duele cuando El Buitre se ensaña con un compañero. No importa que odie al chico agredido o que incluso le tenga miedo, como me ocurre con los Rubios.

Los Rubios son gemelos. Menudos, intercambiables, con la mirada envejecida, siempre con el pelo alborotado. Son los dueños del patio. Fieles a su condición de monarcas, nunca juegan con nadie. En los recreos matan el tiempo en su esquina, a la que nadie se acerca. Están por encima de nosotros. Están por encima de la niñez. Se espera otra cosa de ellos. Los observo desde la distancia. Incluso los repetidores con fama de macarra –los que se vengan en otros cuando las cosas les salen mal o por puro placer o por disciplina preventiva– se mantienen alejados de los Rubios, procuran no cruzarse en su camino.

El patio es una jerarquía y siempre hay alguien debajo hasta llegar a la base, donde se reciben todos los golpes. Yo no estoy en la base. Soy víctima y soy verdugo, como casi todos. Hasta los nueve años he contado con la protección de Esteban, mi hermano mayor. Luego he tenido que arreglármelas yo solo. Se rumorea que los Rubios llevan siempre una navaja escondida en el bolsillo, que han participado en varios robos, que sus padres entran y salen de la cárcel como de los bares, que a ellos aún no los pueden encerrar porque son niños, pero que el día menos pensado acabarán en un reformatorio. En nuestra escala del mal, los Rubios representan el mal. Pero a la vez son héroes. Desafían las normas, están en el mundo de los adultos. Por eso me decepciona asistir a una nueva derrota, comprobar una vez más cómo uno de ellos, el que es ligeramente más delgado y va a mi clase, claudica frente al Buitre. Cuando el maestro le castiga y le humilla esperamos expectantes su respuesta, que se enfrente de una vez, que saque la navaja y se venga por todos nosotros. No lo hace. Nunca lo hace. Se limita a mirar fijamente a los ojos saltones del Buitre, a recibir el golpe con aplomo y dignidad, sin que se le salten las lágrimas.

Con El Buitre solo se atreve Antonio, el hijo del camionero que vive en la Plazuela. Es grande y fornido, como el mueblebar del salón de mi casa, le saca una cabeza al maestro. Ha repetido un par de cursos, pero no abusa de los más pequeños, no lo necesita para mantener su autoridad. Un día en el que Antonio llega a clase sin los deberes hechos, El Buitre le suelta una bofetada en la mejilla, sin mediar palabra. Resuena en el aula, como el choque de dos platillos en una marcha orquestal. El Buitre y su pequeña joroba se la tenían guardada. El niño agarra al maestro por la solapa de su americana. Las mangas le quedan grandes y apenas dejan ver las manos, los brazos cuelgan del tronco jorobado como dos alas. Los ojos de Antonio taladran la cabeza enjuta del Buitre, atornillada en un cuello fino y largo, dividen su cabeza por la mitad, desde la calva hasta el mentón, el pelo ralo queda en los laterales, como dos penachos. La cara de Antonio se crispa, las venas del cuello son dos cañerías a punto de romperse, el brazo es el tronco de una encina y las manos unas tenazas.

Como lo vuelva a hacer no lo cuenta, le dice.

El Buitre se encoge aún más, se hunde en la tarima. Desaparece.

El Jerte es un río de tercera categoría. Insignificante. Mi mundo es pequeño e insignificante, pero hoy un poco menos.